

Jane Austen

# Amor y Amistad



**E** LEJANDRIA

Jane Austen  
Amor y Amistad



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

# AMOR Y AMISTAD

JANE AUSTEN

PUBLICADO: 1922  
FUENTE: PROJECT GUTENBERG  
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

# **CARTA PRIMERA**

## **DE ISABEL A LAURA**

¡Cuán a menudo, en respuesta a mis reiteradas súplicas para que ofrecieras a mi hija un detalle regular de las desgracias y aventuras de tu vida, has dicho: «No, amiga mía, nunca cumpliré tu petición hasta que ya no corra peligro de volver a experimentar otras tan terribles»!

Ciertamente, ese momento ha llegado. Hoy cumples 55 años. Si alguna vez se puede decir que una mujer está a salvo de la decidida perseverancia de amantes desagradables y de las crueles persecuciones de padres obstinados, seguramente debe ser en tal momento de la vida.

Isabel



# **CARTA 2ª**

## **LAURA A ISABEL**

Aunque no puedo coincidir contigo en la suposición de que nunca más estaré expuesta a desgracias tan inmerecidas como las que ya he experimentado, para evitar la imputación de obstinación o mal carácter, satisfaré la curiosidad de tu hija; y ojalá la fortaleza con la que he sufrido las muchas aflicciones de mi vida pasada resulte para ella una lección útil para soportar las que puedan acontecerle en la suya.

Laura

# CARTA 3ª

## LAURA A MARIANNE

Como hija de mi amiga más íntima, creo que tienes derecho a ese conocimiento de mi infeliz historia que tu madre tantas veces me ha solicitado que te brinde.

Mi padre era nativo de Irlanda y habitante de Gales; mi madre era la hija natural de un par escocés y de una bailarina de ópera italiana. Nací en España y recibí mi educación en un convento en Francia.

Cuando alcancé mi decimoctavo año, fui llamada por mis padres a mi techo paterno en Gales. Nuestra mansión estaba situada en una de las partes más románticas del Valle de Uske. Aunque mis encantos están ahora considerablemente suavizados y algo deteriorados por las desgracias que he sufrido, fui una vez hermosa. Pero, encantadora como era, las gracias de mi persona eran la menor de mis perfecciones. De cada habilidad habitual en mi sexo, yo era maestra. Cuando estaba en el convento, mi progreso siempre había excedido mis instrucciones, mis logros habían sido maravillosos para mi edad, y en poco tiempo había superado a mis maestros.

En mi mente se centraba toda virtud que pudiera adornarla; era el punto de encuentro de toda buena cualidad y de todo noble sentimiento.

Una sensibilidad demasiado trémula y viva ante cada aflicción de mis amigos, de mis conocidos y, particularmente, ante cada aflicción propia, era mi única falta, si es que podía llamarse falta. ¡Ay! ¡Cómo he cambiado ahora! Aunque, en verdad, mis propias desgracias no me causan menos impresión que antes, ahora nunca siento las de los demás. Mis habilidades también comienzan a desvanecerse; ya no puedo cantar tan bien ni bailar con tanta gracia como lo hice una vez, y he olvidado por completo el minueto de la Cour.

Adiós.

Laura.

# CARTA 4ª

## LAURA A MARIANNE

Nuestro vecindario era pequeño, pues consistía únicamente en tu madre. Es probable que ella ya te haya contado que, al ser dejada por sus padres en circunstancias indigentes, se había retirado a Gales por motivos económicos. Allí fue donde comenzó nuestra amistad. Isabel tenía entonces veintiún años. Aunque agradable tanto en su persona como en sus modales (dicho sea entre nosotras), nunca poseyó ni la centésima parte de mi belleza o mis habilidades. Isabel había visto el mundo. Había pasado dos años en uno de los primeros internados de Londres; había pasado una quincena en Bath y había cenado una noche en Southampton.

—Cuídate, mi Laura —solía decir a menudo—, cuídate de las insípidas vanidades y las ociosas disipaciones de la metrópolis de Inglaterra; cuídate de los lujos sin sentido de Bath y del pescado apestoso de Southampton.

—¡Ay! —exclamaba yo—. ¿Cómo voy a evitar esos males a los que nunca estaré expuesta? ¿Qué probabilidad hay de que pruebe alguna vez las disipaciones de Londres, los lujos de Bath o el

pescado apestoso de Southampton? Yo, que estoy condenada a desperdiciar mis días de juventud y belleza en una humilde cabaña en el Valle de Uske.

¡Ah! Poco pensaba yo entonces que estaba destinada a abandonar tan pronto esa humilde cabaña por los engañosos placeres del mundo.

Adiós.

Laura.

# CARTA 5ª

## LAURA A MARIANNE

Una tarde de diciembre, mientras mi padre, mi madre y yo estábamos dispuestos en conversación social alrededor de nuestra chimenea, nos asombramos de repente al oír un violento golpe en la puerta exterior de nuestra rústica cabaña.

—Mi padre se sobresaltó.

—¿Qué ruido es ese? —dijo él.

—Suenan como un fuerte golpe en la puerta —respondió mi madre.

—Ciertamente lo parece —grité yo—. Soy de vuestra opinión; ciertamente parece proceder de alguna violencia poco común ejercida contra nuestra inofensiva puerta —dijo mi padre.

—Sí —exclamé—, no puedo evitar pensar que debe ser alguien que llama para ser admitido.

—Ese es otro punto —replicó él—; no debemos pretender determinar por qué motivo la persona puede llamar, aunque estoy parcialmente convencido de que alguien golpea la puerta.

Aquí, un segundo y tremendo golpe interrumpió a mi padre en su discurso, y alarmó algo a mi madre y a mí.

—¿No sería mejor ir a ver quién es? —dijo ella—. Los sirvientes han salido.

—Creo que deberíamos —respondí.

—Ciertamente —añadió mi padre—, por todos los medios.

—¿Vamos ahora? —dijo mi madre.

—Cuanto antes, mejor —respondió él.

—¡Oh! Que no se pierda tiempo —grité yo.

Un tercer golpe, más violento que nunca, asaltó de nuevo nuestros oídos.

—Estoy segura de que hay alguien llamando a la puerta —dijo mi madre.

—Yo creo que debe haberlo —respondió mi padre.

—Imagino que los sirvientes han regresado —dije yo—; creo oír a Mary yendo hacia la puerta.

—Me alegro de ello —gritó mi padre—, pues ansío saber quién es.

Estaba en lo cierto en mi conjetura; pues Mary, entrando al instante en la habitación, nos informó que un joven caballero y su sirviente estaban en la puerta, que habían perdido el camino, tenían mucho frío y rogaban permiso para calentarse junto a nuestro fuego.

—¿No los admitiréis? —dije yo.

—¿No tienes objeción, querida? —dijo mi padre.

—Ninguna en el mundo —respondió mi madre.

Mary, sin esperar más órdenes, salió inmediatamente de la habitación y regresó rápidamente introduciendo al joven más hermoso y amable que jamás había contemplado. Al sirviente se lo guardó para ella.

Mi sensibilidad natural ya se había visto muy afectada por los sufrimientos del desafortunado extraño y, no bien lo contemplé por primera vez, sentí que de él debían depender la felicidad o la miseria de mi vida futura.

Adiós.

Laura.

# CARTA 6ª

## LAURA A MARIANNE

El noble joven nos informó que su nombre era Lindsay; sin embargo, por razones particulares, lo ocultaré bajo el de Talbot. Nos contó que era hijo de un baronet inglés, que su madre había fallecido hacía muchos años y que tenía una hermana de estatura mediana.

—Mi padre —continuó él— es un miserable ruin y mercenario; es solo a amigos tan particulares como este querido grupo a quienes traicionaría así sus defectos. Vuestras virtudes, mi amable Polydore (dirigiéndose a mi padre), las vuestras, querida Claudia, y las vuestras, mi encantadora Laura, me llaman a depositar en vosotros mi confianza.

Hicimos una reverencia.

—Mi padre, seducido por el falso brillo de la fortuna y la pompa engañosa de los títulos, insistió en que diera mi mano a Lady Dorothea. «¡No, nunca!», exclamé. Lady Dorothea es encantadora y atractiva; no prefiero a ninguna mujer antes que a ella; pero sepa,

señor, que desprecio casarme con ella en cumplimiento de sus deseos. ¡No! Nunca se dirá que obedecí a mi padre.

Todos admiramos la noble virilidad de su respuesta. Él continuó:

—Sir Edward se sorprendió; tal vez esperaba poco encontrar una oposición tan briosa a su voluntad. «¿Dónde, Edward, en nombre del asombro —dijo él—, has recogido esa jerigonza sin sentido? Sospecho que has estado estudiando novelas». Desprecié responder: hubiera estado por debajo de mi dignidad. Monté mi caballo y, seguido por mi fiel William, partí hacia casa de mis tías.

»La casa de mi padre está situada en Bedfordshire, la de mi tía en Middlesex, y aunque me jacto de ser un tolerable experto en geografía, no sé cómo sucedió, pero me encontré entrando en este hermoso valle que descubro está en el sur de Gales, cuando esperaba haber llegado a casa de mis tías.

»Después de haber vagado algún tiempo por las orillas del Uske sin saber qué camino tomar, comencé a lamentar mi cruel destino de la manera más amarga y patética. Estaba ya perfectamente oscuro, no había una sola estrella para dirigir mis pasos, y no sé qué me habría sucedido si no hubiera distinguido al fin, a través de la solemne penumbra que me rodeaba, una luz distante que, al acercarme, descubrí que era el alegre resplandor de vuestro fuego. Impulsado por la combinación de desgracias bajo las cuales padecía, a saber: miedo, frío y hambre, no dudé en pedir admisión, la cual finalmente he obtenido; y ahora, mi adorable Laura —continuó tomando mi mano—, ¿cuándo puedo esperar recibir esa recompensa a todos los dolorosos sufrimientos que he experimentado durante el curso de mi apego a ti, a la cual siempre he aspirado? ¡Oh! ¿Cuándo me recompensarás contigo misma?

—En este instante, querido y amable Edward —respondí.

Fuimos unidos inmediatamente por mi padre, quien, aunque nunca había tomado los hábitos, había sido educado para la Iglesia.

Adiós.

Laura.

# CARTA 7ª

## LAURA A MARIANNE

Permanecemos solo unos pocos días después de nuestro matrimonio en el Valle de Uske. Tras una conmovedora despedida de mi padre, mi madre y mi Isabel, acompañé a Edward a casa de su tía en Middlesex. Philippa nos recibió a ambos con toda expresión de amor afectuoso. Mi llegada fue, de hecho, una sorpresa de lo más agradable para ella, ya que no solo había ignorado totalmente mi matrimonio con su sobrino, sino que nunca había tenido siquiera la más mínima idea de que existiera tal persona en el mundo.

Augusta, la hermana de Edward, estaba de visita donde ella cuando llegamos. La encontré exactamente como su hermano la había descrito: de estatura mediana. Me recibió con igual sorpresa, aunque no con igual cordialidad que Philippa. Hubo una frialdad desagradable y una reserva prohibitoria en su recepción hacia mí que fue igualmente angustiosa e inesperada. Nada de esa interesante sensibilidad o amable simpatía en sus modales y trato hacia mí cuando nos conocimos, lo cual debería haber distinguido nuestra presentación mutua. Su lenguaje no fue ni cálido ni

afectuoso, sus expresiones de estima no fueron ni animadas ni cordiales; sus brazos no se abrieron para recibirme en su corazón, aunque los míos se extendieron para estrecharla contra el mío.

Una breve conversación entre Augusta y su hermano, que escuché accidentalmente, aumentó mi aversión hacia ella y me convenció de que su corazón no estaba formado para los suaves lazos del amor ni para el entrañable trato de la amistad.

—Pero ¿crees que mi padre se reconciliará alguna vez con esta conexión imprudente? —dijo Augusta.

—Augusta —respondió el noble joven—, pensé que tenías una mejor opinión de mí, como para imaginar que me degradaría tan abyectamente hasta considerar la conformidad de mi padre en cualquiera de mis asuntos, ya sean de consecuencia o de interés para mí. Dime, Augusta, con sinceridad: ¿alguna vez me has conocido consultar sus inclinaciones o seguir su consejo en el más mínimo detalle particular desde la edad de quince años?

—Edward —respondió ella—, eres seguramente demasiado modesto en tu propia alabanza. ¡Desde que tenías quince años solamente! Mi querido hermano, desde que tenías cinco años, te absuelvo enteramente de haber contribuido voluntariamente alguna vez a la satisfacción de tu padre. Pero aun así, no carezco de aprensiones de que pronto te veas obligado a degradarte ante tus propios ojos buscando un sustento para tu esposa en la generosidad de Sir Edward.

—Nunca, nunca, Augusta, me rebajaré de tal manera —dijo Edward—. ¡Sustento! ¿Qué sustento necesitará Laura que pueda recibir de él?

—Solo esos muy insignificantes de comida y bebida —respondió ella.

—¡Comida y bebida! —replicó mi esposo de una manera de lo más noblemente despectiva—. ¿Y te imaginas entonces que no hay otro sustento para una mente exaltada (como es la de mi Laura) que el empleo ruin e indelicado de comer y beber?

—Ninguno que yo conozca tan eficaz —replicó Augusta.

—¿Y es que nunca sentiste entonces los placenteros tormentos del amor, Augusta? —respondió mi Edward—. ¿Le parece imposible a tu vil y corrompido paladar existir a base de amor? ¿No puedes concebir el lujo de vivir en toda angustia que la pobreza pueda infligir, con el objeto de tu más tierno afecto?

—Eres demasiado ridículo —dijo Augusta— para discutir contigo; quizás, sin embargo, con el tiempo te convanzas de que...

Aquí se me impidió escuchar el resto de su discurso por la aparición de una mujer joven muy hermosa, que fue introducida en la habitación a cuya puerta yo había estado escuchando. Al oírla anunciada por el nombre de «Lady Dorothea», abandoné al instante mi puesto y la seguí al salón, pues recordaba bien que ella era la dama propuesta como esposa para mi Edward por el cruel e implacable baronet.

Aunque la visita de Lady Dorothea era nominalmente para Philippa y Augusta, tengo alguna razón para imaginar que (concedora del matrimonio y la llegada de Edward) verme era un motivo principal para ello.

Pronto percibí que, aunque encantadora y elegante en su persona y aunque desenvuelta y educada en su trato, era de ese orden inferior de seres con respecto al sentimiento delicado, las emociones tiernas y la sensibilidad refinada, del cual Augusta era una.

Se quedó solo media hora y, ni en el curso de su visita me confió ninguno de sus pensamientos secretos, ni me solicitó que confiara en ella ninguno de los míos. Podrás imaginar fácilmente, por tanto, mi querida Marianne, que no pude sentir ningún afecto ardiente ni un apego muy sincero por Lady Dorothea.

Adiós.

Laura.

# CARTA 8ª

## LAURA A MARIANNE, CONTINUACIÓN

Lady Dorothea no nos había dejado hacía mucho cuando otro visitante, tan inesperado como su señoría, fue anunciado. Era Sir Edward, quien, informado por Augusta del matrimonio de su hermano, venía sin duda a reprocharle por haberse atrevido a unirse a mí sin su conocimiento. Pero Edward, previendo su designio, se le acercó con heroica fortaleza tan pronto como entró en la habitación y se dirigió a él de la siguiente manera:

—Sir Edward, conozco el motivo de su viaje aquí. Viene con el vil designio de reprocharme por haber entrado en un compromiso indisoluble con mi Laura sin su consentimiento. Pero, señor, me glorío en el acto. ¡Es mi mayor orgullo haber incurrido en el desagrado de mi padre!

Diciendo esto, tomó mi mano y, mientras Sir Edward, Philippa y Augusta reflexionaban sin duda con admiración sobre su intrépida valentía, me condujo desde el salón al carruaje de su padre, que aún permanecía en la puerta y en el cual fuimos transportados al instante lejos de la persecución de Sir Edward.

Los postillones habían recibido al principio órdenes solo de tomar el camino de Londres; tan pronto como hubimos reflexionado lo suficiente, sin embargo, les ordenamos conducir a M——, la residencia del amigo más particular de Edward, que estaba a solo unas pocas millas de distancia.

A M—— llegamos en pocas horas; y al enviar nuestros nombres fuimos inmediatamente admitidos ante Sophia, la esposa del amigo de Edward. Después de haber estado privada durante el curso de tres semanas de una amiga real (pues así llamo a tu madre), imagina mis transportes al contemplar a una, verdaderamente digna del nombre. Sophia estaba algo por encima de la estatura media; formada con suma elegancia. Una suave languidez se extendía sobre sus encantadores rasgos, pero aumentaba su belleza. Era la característica de su mente. Ella era toda sensibilidad y sentimiento. Volamos la una a los brazos de la otra y, después de haber intercambiado votos de mutua amistad por el resto de nuestras vidas, nos revelamos al instante los secretos más íntimos de nuestros corazones. Fuimos interrumpidas en el delicioso empleo por la entrada de Augustus (el amigo de Edward), quien acababa de regresar de un paseo solitario.

Nunca vi una escena tan conmovedora como el encuentro de Edward y Augustus.

—¡Mi vida! ¡Mi alma! —exclamó el primero.

—¡Mi ángel adorable! —respondió el segundo, mientras volaban el uno a los brazos del otro.

Fue demasiado patético para los sentimientos de Sophia y los míos; nos desmayamos alternativamente en un sofá.

Adiós.

Laura.

# CARTA 9ª

## DE LA MISMA A LA MISMA

Hacia el final del día recibimos la siguiente carta de Philippa:

«Sir Edward está enormemente indignado por vuestra abrupta partida; se ha llevado a Augusta de vuelta a Bedfordshire. Por mucho que desee disfrutar de nuevo de vuestra encantadora sociedad, no puedo decidirme a arrebatáros de la de tan queridos y merecedores amigos. Cuando vuestra visita a ellos termine, confío en que regresaréis a los brazos de vuestra

Philippa.»

Devolvimos una respuesta adecuada a esta nota afectuosa y, tras agradecerle su amable invitación, le aseguramos que ciertamente nos valdríamos de ella siempre que no tuviéramos otro lugar adonde ir. Aunque ciertamente nada podría haber parecido más satisfactorio para cualquier ser razonable que una respuesta tan agradecida a su invitación, no sé cómo fue, pero ella fue ciertamente lo bastante caprichosa como para disgustarse con nuestro comportamiento y, pocas semanas después, ya fuera para vengarse de nuestra

conducta o para aliviar su propia soledad, se casó con un cazafortunas joven y analfabeto. Este paso imprudente (aunque éramos conscientes de que probablemente nos privaría de esa fortuna que Philippa siempre nos había enseñado a esperar) no pudo, por nuestra propia cuenta, arrancar de nuestras mentes exaltadas un solo suspiro; sin embargo, temerosos de que pudiera resultar una fuente de miseria interminable para la novia engañada, nuestra trémula sensibilidad se vio muy afectada cuando nos informaron por primera vez del evento. Los ruegos afectuosos de Augustus y Sophia de que consideráramos para siempre su casa como nuestro hogar, prevalecieron fácilmente sobre nosotros para determinar nunca más dejarlos. En la sociedad de mi Edward y de esta amable pareja, pasé los momentos más felices de mi vida; nuestro tiempo transcurría de lo más deliciosamente, en mutuas protestas de amistad y en votos de amor inalterable, en los cuales estábamos seguros de no ser interrumpidos por visitantes intrusos y desagradables, ya que Augustus y Sophia, a su primera entrada en el vecindario, habían tenido el debido cuidado de informar a las familias circundantes que, como su felicidad se centraba enteramente en ellos mismos, no deseaban otra sociedad. Pero, ¡ay, mi querida Marianne!, tal felicidad como la que entonces disfruté era demasiado perfecta para ser duradera. Un golpe de lo más severo e inesperado destruyó de una vez toda sensación de placer. Convencida como debes estar, por lo que ya te he contado sobre Augustus y Sophia, de que nunca hubo una pareja más feliz, no necesito, imagino, informarte que su unión había sido contraria a las inclinaciones de sus crueles y mercenarios padres; quienes se habían esforzado en vano con obstinada perseverancia para forzarlos a un matrimonio con aquellos a quienes siempre habían aborrecido; pero con una fortaleza heroica digna de ser relatada y admirada, ambos habían rehusado constantemente someterse a tal poder despótico.

Después de haberse desenredado tan noblemente de los grilletes de la autoridad parental mediante un matrimonio clandestino, estaban decididos a no perder nunca la buena opinión que habían ganado en el mundo al hacerlo, aceptando cualquier propuesta de

reconciliación que pudiera serles ofrecida por sus padres; a esta prueba adicional de su noble independencia, sin embargo, nunca estuvieron expuestos.

Llevaban casados solo unos pocos meses cuando comenzó nuestra visita, tiempo durante el cual habían sido ampliamente mantenidos por una suma considerable de dinero que Augustus había hurtado graciosamente del escritorio de su indigno padre, pocos días antes de su unión con Sophia.

Con nuestra llegada, sus gastos aumentaron considerablemente, aunque sus medios para sufragarlos estaban entonces casi agotados. Pero ellos, ¡criaturas exaltadas!, despreciaron reflexionar un momento sobre sus apuros pecuniarios y se habrían ruborizado ante la idea de pagar sus deudas. ¡Ay! ¡Cuál fue su recompensa por tal comportamiento desinteresado! El hermoso Augustus fue arrestado y todos quedamos deshechos. Tal pérfida traición en los despiadados perpetradores del acto conmocionará tu gentil naturaleza, queridísima Marianne, tanto como afectó entonces a la delicada sensibilidad de Edward, Sophia, tu Laura y del propio Augustus. Para completar tal barbarie sin parangón, se nos informó que pronto tendría lugar un embargo en la casa. ¡Ah! ¿Qué podíamos hacer sino lo que hicimos? Suspiramos y nos desmayamos en el sofá.

Adiós.

Laura.

# CARTA 10ª

## LAURA, CONTINUACIÓN

Cuando nos hubimos recuperado un poco de las abrumadoras efusiones de nuestro dolor, Edward deseó que consideráramos cuál era el paso más prudente a tomar en nuestra infeliz situación mientras él acudía junto a su amigo encarcelado para lamentarse sobre sus desgracias. Prometimos que lo haríamos, y él emprendió su viaje hacia la ciudad. Durante su ausencia cumplimos fielmente con su deseo y, tras la más madura deliberación, acordamos finalmente que lo mejor que podíamos hacer era abandonar la casa, de la cual esperábamos a cada momento que los agentes de la justicia tomaran posesión. Esperamos, por tanto, con la mayor impaciencia, el regreso de Edward para impartirle el resultado de nuestras deliberaciones. Pero ningún Edward apareció. En vano contamos los tediosos momentos de su ausencia; en vano lloramos; en vano incluso suspiramos; ningún Edward regresó. Este fue un golpe demasiado cruel, demasiado inesperado para nuestra gentil sensibilidad; no pudimos soportarlo; solo pudimos desmayarnos. Finalmente, reuniendo toda la resolución de la que era dueña, me levanté y, tras empacar alguna ropa necesaria para Sophia y para

mí, la arrastré hasta un carruaje que yo había ordenado y partimos al instante hacia Londres. Como la vivienda de Augustus estaba a menos de doce millas de la ciudad, no pasó mucho tiempo antes de que llegáramos allí, y no bien hubimos entrado en Holborn, bajando una de las ventanillas delanteras, pregunté a cada persona de aspecto decente con la que nos cruzábamos:

—¿Han visto a mi Edward?

Pero como conducíamos demasiado rápido para permitirles responder a mis repetidas preguntas, obtuve poca o, de hecho, ninguna información sobre él.

—¿Adónde debo conducir? —dijo el postillón.

—A Newgate, gentil joven —respondí yo—, a ver a Augustus.

—¡Oh, no, no! —exclamó Sophia—. No puedo ir a Newgate; no seré capaz de soportar la visión de mi Augustus en un confinamiento tan cruel; mis sentimientos están suficientemente conmocionados por el relato de su angustia, pero contemplarlo abrumará mi sensibilidad.

Como coincidí perfectamente con ella en la justicia de sus sentimientos, se ordenó al instante al postillón que regresara al campo. Quizás te hayas sorprendido algo, mi queridísima Marianne, de que en la angustia que entonces soportaba, destituida de cualquier apoyo y desprovista de cualquier habitación, nunca hubiera recordado una sola vez a mi padre y a mi madre o mi cabaña paterna en el Valle de Uske. Para explicar este aparente olvido debo informarte de una circunstancia trivial concerniente a ellos que hasta ahora nunca he mencionado. La muerte de mis padres, pocas semanas después de mi partida, es la circunstancia a la que aludo. Por su fallecimiento me convertí en la legítima heredera de su casa y fortuna. Pero, ¡ay!, la casa nunca había sido suya y su fortuna había sido solo una renta vitalicia sobre sus propias vidas. ¡Tal es la depravación del mundo! A tu madre habría regresado con placer, habría sido feliz de presentarle a mi encantadora Sophia y habría pasado con alegría el resto de mi vida en su querida sociedad en el

Valle de Uske, si no hubiera intervenido un obstáculo para la ejecución de tan agradable plan; el cual fue el matrimonio y traslado de tu madre a una parte distante de Irlanda.

Adiós.

Laura.

# CARTA 11<sup>a</sup>

## LAURA, CONTINUACIÓN

—Tengo un pariente en Escocia —me dijo Sophia mientras dejábamos Londres— que estoy segura no dudaría en recibirme.

—¿Ordeno al chico que conduzca hacia allí? —dije yo; pero, recapacitando al instante, exclamé—: ¡Ay, temo que será un viaje demasiado largo para los caballos!

Sin embargo, no dispuesta a actuar solo por mi propio conocimiento inadecuado de la fuerza y habilidades de los caballos, consulté al postillón, quien fue enteramente de mi opinión respecto al asunto. Determinamos, por tanto, cambiar de caballos en la siguiente ciudad y viajar en posta el resto del viaje. Cuando llegamos a la última posada en la que debíamos detenernos, que estaba a solo unas pocas millas de la casa del pariente de Sophia, reacias a imponer nuestra sociedad sobre él de forma inesperada y sin previo aviso, le escribimos una nota muy elegante y bien redactada, conteniendo un relato de nuestra destituida y melancólica situación, y de nuestra intención de pasar algunos meses con él en Escocia. Tan pronto como hubimos despachado esta carta, nos

preparamos inmediatamente para seguirla en persona y estábamos subiendo al carruaje con ese propósito cuando nuestra atención fue atraída por la entrada de un carruaje con escudo nobiliario y cuatro caballos en el patio de la posada. Un caballero considerablemente avanzado en años descendió de él. A su primera aparición mi sensibilidad se vio maravillosamente afectada y, antes de haberlo mirado por segunda vez, una simpatía instintiva susurró a mi corazón que él era mi abuelo. Convencida de que no podía estar equivocada en mi conjetura, salté al instante del carruaje en el que acababa de entrar y, siguiendo al venerable extraño a la habitación a la que había sido conducido, me arrojé de rodillas ante él y le supliqué que me reconociera como su nieta. Él se sobresaltó y, habiendo examinado atentamente mis rasgos, me levantó del suelo y, echando sus brazos de abuelo alrededor de mi cuello, exclamó:

—¡Reconocerte! Sí, querida semejanza de mi Laurina y de la hija de Laurina, dulce imagen de mi Claudia y de la madre de Claudia, te reconozco como la hija de la una y la nieta de la otra.

Mientras me abrazaba tiernamente de este modo, Sophia, asombrada por mi precipitada partida, entró en la habitación en mi busca. No bien hubo captado la mirada del venerable par, este exclamó con toda señal de asombro:

—¡Otra nieta! Sí, sí, veo que eres la hija de la niña mayor de mi Laurina; tu parecido con la hermosa Matilda lo proclama suficientemente.

—¡Oh! —respondió Sophia—, cuando os vi por primera vez, el instinto de la naturaleza me susurró que estábamos relacionados en algún grado. Pero si como abuelos o abuelas, no podía pretender determinarlo.

Él la estrechó en sus brazos y, mientras se abrazaban tiernamente, la puerta del apartamento se abrió y apareció un joven muy hermoso. Al percibirlo, Lord St. Clair se sobresaltó y, retrocediendo unos pasos, con las manos levantadas, dijo:

—¡Otro nieto! ¡Qué felicidad inesperada es esta! ¡Descubrir en el espacio de tres minutos a tantos de mis descendientes! Este estoy seguro de que es Philander, el hijo de la tercera niña de mi Laurina, la amable Bertha; ahora solo falta la presencia de Gustavus para completar la unión de los nietos de mi Laurina.

—Y aquí está —dijo un joven agraciado que en ese instante entró en la habitación—; aquí está el Gustavus que deseáis ver. Soy el hijo de Agatha, la cuarta y más joven hija de vuestra Laurina.

—Veo que lo eres, ciertamente —respondió Lord St. Clair—. Pero decidme —continuó él mirando temerosamente hacia la puerta—, decidme, ¿tengo algún otro nieto en la casa?

—Ninguno, mi señor.

—Entonces os proveeré a todos sin más demora. Aquí hay cuatro billetes de banco de 50 libras cada uno. Tomadlos y recordad que he cumplido con el deber de un abuelo.

Salió al instante de la habitación e inmediatamente después de la casa.

Adiós.

Laura.

# CARTA 12ª

## LAURA, CONTINUACIÓN

Puedes imaginar cuán enormemente nos sorprendió la repentina partida de Lord St. Clair.

—¡Abuelo innoble! —exclamó Sophia.

—¡Abuelo indigno! —dije yo, y al instante nos desmayamos en los brazos de la otra.

Cuánto tiempo permanecemos en esta situación, no lo sé; pero cuando nos recuperamos nos encontramos solas, sin Gustavus, ni Philander, ni los billetes de banco. Mientras deplorábamos nuestro infeliz destino, la puerta del apartamento se abrió y «Macdonald» fue anunciado. Era el primo de Sophia. La prisa con la que vino a nuestro socorro tan pronto tras recibir nuestra nota hablaba tan grandemente a su favor que no dudé en pronunciarlo a primera vista como un amigo tierno y simpático. ¡Ay! Poco merecía el nombre, pues aunque nos dijo que estaba muy preocupado por nuestras desgracias, por su propio relato parecía que la lectura de las mismas no le había arrancado ni un solo suspiro, ni le había inducido a

lanzar una sola maldición sobre nuestras estrellas vengativas. Le dijo a Sophia que su hija dependía de que ella regresara con él a Macdonald-Hall, y que como amiga de su prima sería feliz de verme allí también. A Macdonald-Hall fuimos, por tanto, y fuimos recibidas con gran amabilidad por Janetta, la hija de Macdonald y señora de la mansión. Janetta tenía entonces solo quince años; naturalmente bien dispuesta, dotada de un corazón susceptible y una disposición simpática, podría haber sido, de haberse alentado adecuadamente estas cualidades amables, un ornamento para la naturaleza humana; pero desgraciadamente su padre no poseía un alma lo suficientemente exaltada para admirar una disposición tan prometedora, y se había esforzado por todos los medios en su poder para evitar que aumentara con sus años. De hecho, había extinguido hasta tal punto la noble sensibilidad natural de su corazón, como para convencerla de aceptar una oferta de un joven recomendado por él. Iban a casarse en pocos meses, y Graham estaba en la casa cuando llegamos.

Pronto calamos su carácter. Era tal como un hombre que uno podría haber esperado que fuera la elección de Macdonald. Decían que era sensato, bien informado y agradable; nosotras no pretendíamos juzgar tales nimiedades, pero como estábamos convencidas de que no tenía alma, de que nunca había leído *Las desventuras del joven Werther*, y de que su cabello no tenía el menor parecido con el castaño rojizo, estábamos seguras de que Janetta no podía sentir ningún afecto por él, o al menos que no debía sentir ninguno. La mera circunstancia de ser la elección de su padre, también, estaba tan en su contra que, aunque hubiera sido merecedor de ella en todos los demás aspectos, eso por sí mismo debería haber sido una razón suficiente a los ojos de Janetta para rechazarlo. Estas consideraciones estábamos decididas a representárselas bajo su luz adecuada y no dudábamos de encontrar el éxito deseado en alguien naturalmente tan bien dispuesta; cuyos errores en el asunto solo habían surgido de una falta de confianza adecuada en su propia opinión y un desprecio conveniente hacia la de su padre. La encontramos, de hecho, todo lo que nuestros

deseos más cálidos podrían haber esperado; no tuvimos dificultad para convencerla de que era imposible que pudiera amar a Graham, o de que era su deber desobedecer a su padre; lo único ante lo que parecía dudar más bien era nuestra afirmación de que debía estar apegada a alguna otra persona. Durante algún tiempo, perseveró en declarar que no conocía a ningún otro joven por el cual tuviera el más mínimo afecto; pero al explicarle la imposibilidad de tal cosa, dijo que creía que le gustaba el capitán M'Kenrie mejor que cualquier otro que conociera. Esta confesión nos satisfizo y, después de haber enumerado las buenas cualidades de M'Kenrie y haberle asegurado que estaba violentamente enamorada de él, deseamos saber si él le había declarado alguna vez de algún modo su afecto.

—Lejos de haberlo declarado alguna vez, no tengo razón para imaginar que haya sentido alguno por mí —dijo Janetta.

—Que ciertamente te adora —respondió Sophia— no cabe duda. El apego debe ser recíproco. ¿Nunca te miró con admiración, presionó tiernamente tu mano, dejó caer una lágrima involuntaria y salió de la habitación abruptamente?

—Nunca —respondió ella— que yo recuerde; de hecho, siempre ha salido de la habitación cuando su visita ha terminado, pero nunca se ha ido particularmente abruptamente o sin hacer una reverencia.

—Ciertamente, mi amor —dije yo—, debes estar equivocada; pues es absolutamente imposible que alguna vez te haya dejado sino con confusión, desesperación y precipitación. Considera solo por un momento, Janetta, y debes convencerte de lo absurdo que es suponer que alguna vez pudiera hacer una reverencia o comportarse como cualquier otra persona.

Habiendo resuelto este punto a nuestra satisfacción, lo siguiente que tomamos en consideración fue determinar de qué manera informaríamos a M'Kenrie de la opinión favorable que Janetta tenía de él... Acordamos finalmente ponerlo al tanto mediante una carta anónima que Sophia redactó de la siguiente manera:

«¡Oh, feliz amante de la hermosa Janetta! ¡Oh, amable poseedor de su corazón, cuya mano está destinada a otro! ¿Por qué demoráis así una confesión de vuestro apego al amable objeto del mismo? ¡Oh, considerad que unas pocas semanas pondrán fin de una vez a toda esperanza halagadora que podáis abrigar ahora, uniendo a la desafortunada víctima de la crueldad de su padre al execrable y detestado Graham.

»¡Ay! ¿Por qué confabuláis así tan cruelmente con la proyectada miseria de ella y de vos mismo al demorar la comunicación de ese plan que sin duda ha poseído largo tiempo vuestra imaginación? Una unión secreta asegurará de una vez la felicidad de ambos.»

El amable M'Kenrie, cuya modestia, como nos aseguró después, había sido la única razón de haber ocultado tanto tiempo la violencia de su afecto por Janetta, al recibir este billete voló en las alas del amor a Macdonald-Hall, y defendió tan poderosamente su apego a quien lo inspiraba, que tras unas pocas entrevistas privadas más, Sophia y yo experimentamos la satisfacción de verlos partir hacia Gretna Green, lugar que eligieron para la celebración de sus nupcias, con preferencia a cualquier otro lugar, aunque estaba a una distancia considerable de Macdonald-Hall.

Adiós.

Laura.

# CARTA 13ª

## LAURA, CONTINUACIÓN

Se habían marchado hacía casi un par de horas antes de que Macdonald o Graham hubieran albergado sospecha alguna del asunto. Y puede que ni siquiera entonces lo hubieran sospechado, de no ser por el siguiente pequeño accidente. Sucedió que Sophia, al abrir un cajón privado en la biblioteca de Macdonald con una de sus propias llaves, descubrió que era el lugar donde él guardaba sus papeles de importancia y, entre ellos, algunos billetes de banco de considerable valor. Me comunicó este descubrimiento; y habiendo acordado juntas que sería un trato adecuado para un miserable tan vil como Macdonald privarle de un dinero, tal vez ganado deshonestamente, se determinó que la próxima vez que cualquiera de nosotras pasara por allí, tomaríamos uno o más de los billetes de banco del cajón. Este bienintencionado plan lo habíamos puesto en ejecución a menudo con éxito; pero, ¡ay!, el mismo día de la fuga de Janetta, mientras Sophia retiraba majestuosamente el quinto billete de banco del cajón para pasarlo a su propio monedero, fue interrumpida de lo más impertinentemente en su empleo por la entrada del propio Macdonald, de una manera sumamente abrupta y

precipitada. Sophia (quien, aunque naturalmente era toda dulzura cautivadora, podía cuando la ocasión lo exigía invocar la dignidad de su sexo) puso al instante una mirada de lo más prohibitoria y, lanzando un ceño fruncido de ira al intrépido culpable, exigió en un tono de voz altivo:

—¿Por qué se interrumpe así insolentemente mi retiro?

El desvergonzado Macdonald, sin siquiera esforzarse por exculparse del crimen del que se le acusaba, intentó mezquinamente reprochar a Sophia por defraudarle innoblemente su dinero... La dignidad de Sophia fue herida.

—¡Miserable! —exclamó ella, reponiendo apresuradamente el billete de banco en el cajón—. ¿Cómo te atreves a acusarme de un acto cuya sola idea me hace sonrojar?

El vil miserable seguía sin convencerse y continuó increpando a la justamente ofendida Sophia con un lenguaje tan oprobioso, que finalmente provocó tan grandemente la gentil dulzura de su naturaleza, que la indujo a vengarse de él informándole de la fuga de Janetta y de la parte activa que ambas habíamos tomado en el asunto. En este punto de su disputa entré yo en la biblioteca y, como puedes imaginar, me sentí igualmente ofendida que Sophia ante las acusaciones infundadas del malévolo y despreciable Macdonald.

—¡Vil canalla! —grité yo—. ¿Cómo puedes intentar así, intrépidamente, manchar la inmaculada reputación de tan brillante excelencia? ¿Por qué no sospechas de mi inocencia también?

—Quedad satisfecha, señora —respondió él—; sospecho de ella, y por tanto debo desear que ambas abandonéis esta casa en menos de media hora.

—Nos iremos de buena gana —respondió Sophia—; nuestros corazones te han detestado desde hace mucho, y nada más que nuestra amistad por tu hija podría habernos inducido a permanecer tanto tiempo bajo tu techo.

—Vuestra amistad por mi hija se ha ejercido, de hecho, muy poderosamente arrojándola a los brazos de un cazafortunas sin principios —respondió él.

—Sí —exclamé yo—; en medio de cada infortunio, nos proporcionará algún consuelo reflexionar que, con este único acto de amistad hacia Janetta, hemos descargado ampliamente toda obligación que hayamos recibido de su padre.

—Debe ser, en verdad, una reflexión de lo más grata para vuestras mentes exaltadas —dijo él.

Tan pronto como hubimos empacado nuestro vestuario y objetos de valor, dejamos Macdonald Hall y, tras haber caminado cerca de milla y media, nos sentamos a la orilla de un claro y límpido arroyo para refrescar nuestros exhaustos miembros. El lugar era adecuado para la meditación. Una arboleda de olmos adultos nos resguardaba del este. Un lecho de ortigas adultas, del oeste. Delante de nosotras corría el murmurante arroyo y detrás de nosotras corría la carretera de peaje. Estábamos de humor para la contemplación y en disposición de disfrutar de un lugar tan hermoso. Un silencio mutuo que había reinado entre nosotras durante algún tiempo, fue finalmente roto por mí, exclamando:

—¡Qué escena tan encantadora! ¡Ay! ¿Por qué no están aquí Edward y Augustus para disfrutar de sus bellezas con nosotras?

—¡Ah, mi amada Laura! —gritó Sophia—. Por piedad, abstente de traer a mi memoria la infeliz situación de mi esposo encarcelado. ¡Ay! ¿Qué no daría yo por saber el destino de mi Augustus? ¿Por saber si está todavía en Newgate, o si ya lo han colgado? Pero nunca seré capaz de conquistar mi tierna sensibilidad hasta el punto de preguntar por él. ¡Oh! Te suplico que no me permitas volver a oírte repetir su amado nombre. Me afecta demasiado profundamente. No puedo soportar oírlo mencionar; hiere mis sentimientos.

—Discúlpame, mi Sophia, por haberte ofendido así involuntariamente —respondí yo; y luego, cambiando la

conversación, le pedí que admirara la noble grandeza de los olmos que nos resguardaban del céfiro oriental.

—¡Ay, mi Laura! —replicó ella—. Evita un tema tan melancólico, te lo ruego. No hieras de nuevo mi sensibilidad con observaciones sobre esos olmos. Me recuerdan a Augustus. Él era como ellos: alto, majestuoso; poseía esa noble grandeza que admiras en ellos.

Guardé silencio, temerosa de poder angustiarla involuntariamente una vez más fijándome en cualquier otro tema de conversación que pudiera recordarle nuevamente a Augustus.

—¿Por qué no hablas, mi Laura? —dijo ella tras una breve pausa—. No puedo soportar este silencio; no debes dejarme con mis propias reflexiones; siempre recurren a Augustus.

—¡Qué cielo tan hermoso! —dije yo—. ¡Cuán encantadoramente varía el azul con esas delicadas estelas de blanco!

—¡Oh, mi Laura! —respondió ella apartando apresuradamente sus ojos de una mirada momentánea al cielo—. ¡No me angusties así llamando mi atención hacia un objeto que tan cruelmente me recuerda al chaleco de satén azul con rayas blancas de mi Augustus! En piedad hacia tu infeliz amiga, evita un tema tan angustioso.

¿Qué podía hacer yo? Los sentimientos de Sophia eran en ese momento tan exquisitos, y la ternura que sentía por Augustus tan conmovedora, que no tenía poder para iniciar ningún otro tema, temiendo con justicia que pudiera, de alguna manera imprevista, despertar de nuevo toda su sensibilidad dirigiendo sus pensamientos hacia su marido. Sin embargo, guardar silencio sería cruel; ella me había suplicado que hablara.

De este dilema fui afortunadamente aliviada por un accidente verdaderamente *a propósito*; fue el afortunado vuelco del faetón de un caballero en el camino que corría murmurante detrás de nosotras. Fue un accidente de lo más afortunado, ya que desvió la atención de Sophia de las reflexiones melancólicas en las que se había estado complaciendo antes. Al instante dejamos nuestros asientos y corrimos al rescate de aquellos que, solo unos momentos

antes, habían estado en una situación tan elevada como un faetón elegantemente alto, pero que ahora yacían bajos y despatarrados en el polvo.

—¡Qué amplio tema de reflexión sobre los inciertos goces de este mundo no ofrecerían ese faetón y la vida del Cardenal Wolsey a una mente pensante! —le dije a Sophia mientras nos apresurábamos hacia el campo de acción.

Ella no tuvo tiempo de responderme, pues todo pensamiento estaba ahora ocupado por el horrendo espectáculo ante nosotras. Dos caballeros elegantemente ataviados, pero bañados en su sangre, fue lo primero que golpeó nuestros ojos. Nos acercamos: eran Edward y Augustus. Sí, queridísima Marianne, eran nuestros maridos. Sophia dio un alarido y se desmayó en el suelo; yo grité y al instante me volví loca. Permanecimos así, mutuamente privadas de nuestros sentidos, algunos minutos, y al recobrarlos fuimos privadas de ellos de nuevo. Durante una hora y cuarto continuamos en esta desafortunada situación: Sophia desmayándose a cada momento y yo volviéndome loca con la misma frecuencia. Finalmente, un gemido del desventurado Edward (quien era el único que conservaba alguna porción de vida) nos restauró a nosotras mismas. Si hubiéramos imaginado antes, de hecho, que alguno de ellos vivía, habríamos sido más parcas en nuestro dolor; pero como habíamos supuesto cuando los contemplamos por primera vez que ya no existían, sabíamos que no quedaba nada por hacer más que lo que estábamos haciendo. No bien oímos, por tanto, el gemido de mi Edward, que posponiendo nuestras lamentaciones por el momento, corrimos apresuradamente hacia el querido joven y, arrodillándonos a cada lado de él, le imploramos que no muriera.

—Laura —dijo él fijando sus ojos ahora lánguidos en mí—, temo que he sufrido un vuelco.

Me llenó de alegría encontrarlo aún sensible.

—¡Oh! Dime, Edward —dije yo—, dime, te lo suplico antes de que mueras, ¿qué te ha sucedido desde aquel día infeliz en que Augustus

fue arrestado y fuimos separados?

—Lo haré —dijo él—, e instantáneamente, exhalando un profundo suspiro, expiró.

Sophia se hundió de nuevo inmediatamente en un desvanecimiento. Mi dolor fue más audible. Mi voz vacilaba, mis ojos asumieron una mirada vacía, mi rostro se volvió pálido como la muerte y mis sentidos se vieron considerablemente deteriorados.

—No me habléis de faetones —dije yo, delirando de una manera frenética e incoherente—. Dadme un violín. Tocaré para él y lo calmaré en sus horas melancólicas. Tened cuidado, gentiles ninfas, de los rayos de Cupido; evitad las flechas penetrantes de Júpiter. Mirad esa arboleda de abetos. Veo una pierna de carnero. Me dijeron que Edward no estaba muerto; pero me engañaron, lo tomaron por un pepino.

Así continué exclamando salvajemente sobre la muerte de mi Edward. Durante dos horas deliré así locamente y no habría parado entonces, ya que no estaba en lo más mínimo fatigada, si Sophia, que acababa de recuperarse de su desvanecimiento, no me hubiera suplicado que considerara que la noche se acercaba y que la humedad comenzaba a caer.

—¿Y adónde iremos —dije yo— para resguardarnos de ambas cosas?

—A esa cabaña blanca —respondió ella señalando un edificio pulcro que se alzaba en medio de la arboleda de olmos y que yo no había observado antes.

Estuve de acuerdo y caminamos al instante hacia ella; llamamos a la puerta y nos abrió una anciana. Al pedirle que nos ofreciera alojamiento por una noche, nos informó que su casa era pequeña, que solo tenía dos dormitorios, pero que sin embargo seríamos bienvenidas a uno de ellos. Quedamos satisfechas y seguimos a la buena mujer al interior de la casa, donde nos animó grandemente la vista de un fuego confortable. Era viuda y tenía una sola hija, que entonces tenía justo diecisiete años. Una de las mejores edades;

pero, ¡ay!, era muy poco agradecida y su nombre era Bridget... Nada, por tanto, podía esperarse de ella; no podía suponerse que poseyera ideas exaltadas, sentimientos delicados o sensibilidades refinadas. No era más que una joven de buen carácter, civil y servicial; como tal apenas podíamos detestarla: era solo un objeto de desprecio.

Adiós.

Laura.

# CARTA 14ª

## LAURA, CONTINUACIÓN

Ármate, mi amable y joven amiga, con toda la filosofía de la que eres dueña; convoca toda la fortaleza que poseas, pues, ¡ay!, en la lectura de las siguientes páginas tu sensibilidad será probada de lo más severamente. ¡Ah! ¿Qué eran las desgracias que había experimentado antes y que ya te he relatado, comparadas con la que ahora voy a informarte? La muerte de mi padre y de mi madre y de mi esposo, aunque casi más de lo que mi gentil naturaleza podía soportar, eran nimiedades en comparación con la desgracia que procedo a relatar ahora. La mañana después de nuestra llegada a la cabaña, Sophia se quejó de un dolor violento en sus delicados miembros, acompañado de un desagradable dolor de cabeza. Ella lo atribuyó a un resfriado cogido por sus continuos desmayos al aire libre mientras caía el rocío la tarde anterior. Esto, temía yo, era demasiado probablemente el caso; ya que, ¿cómo podría explicarse de otro modo que yo hubiera escapado a la misma indisposición, sino suponiendo que los esfuerzos corporales que había sufrido en mis repetidos ataques de frenesí habían circulado y calentado mi sangre tan eficazmente como para hacerme inmune a la humedad

helada de la noche, mientras que Sophia, yaciendo totalmente inactiva en el suelo, debió haber estado expuesta a toda su severidad? Me alarmó muy seriamente su enfermedad, la cual, por insignificante que pueda parecerte, una cierta sensibilidad instintiva me susurró que al final sería fatal para ella.

¡Ay! Mis temores estaban demasiado plenamente justificados; ella empeoró gradualmente, y yo me alarmaba diariamente más por ella. Finalmente, se vio obligada a confinarse únicamente en la cama que nos había asignado nuestra digna casera. Su trastorno se convirtió en una tisis galopante y en pocos días se la llevó. En medio de todas mis lamentaciones por ella (y violentas puedes suponer que fueron), recibí aun así algún consuelo en la reflexión de haberle prestado toda atención que pudo ofrecérsele en su enfermedad. Había llorado sobre ella cada día, había bañado su dulce rostro con mis lágrimas y había presionado sus hermosas manos continuamente entre las mías.

—Mi amada Laura —me dijo pocas horas antes de morir—, toma advertencia de mi infeliz final y evita la conducta imprudente que lo ha ocasionado... Cuídate de los desmayos... Aunque en el momento puedan ser refrescantes y agradables, créeme que al final, si se repiten demasiado a menudo y en estaciones impropias, resultarán destructivos para tu constitución... Mi destino te enseñará esto... Muero mártir de mi dolor por la pérdida de Augustus... Un desvanecimiento fatal me ha costado la vida... Cuídate de los desvanecimientos, querida Laura... Un ataque de frenesí no es ni la cuarta parte de pernicioso; es un ejercicio para el cuerpo y, si no es demasiado violento, me atrevo a decir que es conducente a la salud en sus consecuencias. Vuélvete loca tan a menudo como elijas, pero no te desmayes.

Estas fueron las últimas palabras que me dirigió. Fue su consejo moribundo a su afligida Laura, quien siempre se ha adherido fielmente a él.

Después de haber acompañado a mi lamentada amiga a su tumba temprana, abandoné inmediatamente (aunque tarde en la noche) el

detestado pueblo en el que murió, y cerca del cual habían expirado mi marido y Augustus. No había caminado muchos metros lejos de él antes de ser alcanzada por una diligencia, en la cual tomé asiento al instante, decidida a proceder en ella hasta Edimburgo, donde esperaba encontrar algún amigo amable y compasivo que me recibiera y me consolara en mis aflicciones.

Estaba tan oscuro cuando entré en el coche que no pude distinguir el número de mis compañeros de viaje; solo pude percibir que eran muchos. Sin hacer caso, no obstante, de nada concerniente a ellos, me entregué a mis propias tristes reflexiones. Prevalecía un silencio general. Un silencio que no era interrumpido por nada más que por los fuertes y repetidos ronquidos de uno del grupo.

«¡Qué villano tan analfabeto debe ser ese hombre! —pensé para mis adentros—. ¡Qué falta total de refinamiento delicado debe tener quien puede así conmocionar nuestros sentidos con tal ruido brutal! ¡Estoy segura de que debe ser capaz de toda mala acción! ¡No hay crimen demasiado negro para tal carácter!» Así razonaba yo dentro de mí misma, y sin duda tales eran las reflexiones de mis compañeros de viaje.

Finalmente, el día que regresaba me permitió contemplar al canalla sin principios que había perturbado tan violentamente mis sentimientos. Era Sir Edward, el padre de mi difunto esposo. A su lado estaba sentada Augusta, y en el mismo asiento conmigo estaban tu madre y Lady Dorothea. Imagina mi sorpresa al encontrarme así sentada entre mis viejos conocidos. Grande como fue mi asombro, se incrementó aún más cuando, al mirar por las ventanillas, contemplé al marido de Philippa, con Philippa a su lado, en el pescante y cuando, al mirar hacia atrás, contemplé a Philander y Gustavus en la cesta trasera.

—¡Oh, cielos! —exclamé—. ¿Es posible que esté tan inesperadamente rodeada por mis parientes y conexiones más cercanos?

Estas palabras despertaron al resto del grupo, y cada ojo se dirigió al rincón en el que yo estaba sentada.

—¡Oh, mi Isabel! —continué arrojándome a través de Lady Dorothea a sus brazos—. Recibe una vez más en tu seno a la desafortunada Laura. ¡Ay! Cuando nos separamos por última vez en el Valle de Uske, era feliz al estar unida al mejor de los Edward; tenía entonces un padre y una madre, y nunca había conocido desgracias. Pero ahora, privada de todo amigo salvo tú...

—¡Cómo! —interrumpió Augusta—. ¿Ha muerto entonces mi hermano? Decidnos, os suplico, ¿qué ha sido de él?

—Sí, ninfa fría e insensible —respondí—, ese desventurado galán, vuestro hermano, ya no existe, y ahora podéis gloriaros de ser la heredera de la fortuna de Sir Edward.

Aunque siempre la había despreciado desde el día en que escuché su conversación con mi Edward, por civismo cumplí con las súplicas de ella y de Sir Edward de que les informara de todo el melancólico asunto. Quedaron muy conmovidos; incluso el corazón obstinado de Sir Edward y el insensible de Augusta fueron tocados con pena por el infeliz relato. A petición de tu madre, les relaté cada una de las otras desgracias que me habían acontecido desde que nos separamos. Del encarcelamiento de Augustus y la ausencia de Edward; de nuestra llegada a Escocia; de nuestro inesperado encuentro con nuestro abuelo y nuestros primos; de nuestra visita a Macdonald-Hall; del singular servicio que allí realizamos hacia Janetta; de la ingratitud de su padre por ello... de su comportamiento inhumano, sospechas inexplicables y trato bárbaro hacia nosotras, al obligarnos a dejar la casa... de nuestras lamentaciones por la pérdida de Edward y Augustus y, finalmente, de la muerte melancólica de mi amada compañera.

La piedad y la sorpresa estaban fuertemente retratadas en el semblante de tu madre durante toda mi narración, pero lamento decir que, para eterno reproche de su sensibilidad, la última predominaba infinitamente. Es más, intachable como había sido

ciertamente mi conducta durante todo el curso de mis recientes infortunios y aventuras, ella pretendió encontrar faltas en mi comportamiento en muchas de las situaciones en las que me había visto colocada. Como yo misma era consciente de que siempre me había comportado de una manera que reflejaba honor sobre mis sentimientos y refinamiento, presté poca atención a lo que ella dijo, y deseé que satisficiera mi curiosidad informándome de cómo había llegado allí, en lugar de herir mi inmaculada reputación con reproches injustificables. Tan pronto como ella hubo cumplido con mis deseos en este particular y me hubo dado un detalle exacto de todo lo que le había acontecido desde nuestra separación (de cuyos detalles, si no estás ya al tanto, tu madre te informará), solicité a Augusta la misma información con respecto a ella misma, Sir Edward y Lady Dorothea.

Ella me contó que, teniendo un gusto considerable por las bellezas de la naturaleza, su curiosidad por contemplar las escenas deliciosas que esta exhibía en esa parte del mundo había sido tan elevada por el *Viaje a las Tierras Altas* de Gilpin, que había convencido a su padre de emprender un viaje a Escocia y había persuadido a Lady Dorothea de acompañarlos. Que habían llegado a Edimburgo unos días antes y desde allí habían hecho excursiones diarias al campo circundante en la diligencia en la que estaban entonces, de una de cuyas excursiones regresaban en ese momento. Mis siguientes preguntas fueron concernientes a Philippa y su marido; de este último supe que, habiendo gastado toda su fortuna, había recurrido para su subsistencia al talento en el que siempre había destacado más, a saber, conducir, y que habiendo vendido todo lo que les pertenecía excepto su coche, lo había convertido en una diligencia y, para alejarse de cualquiera de sus antiguos conocidos, lo había conducido a Edimburgo, desde donde iba a Stirling cada dos días. Que Philippa, conservando aún su afecto por su ingrato marido, lo había seguido a Escocia y generalmente lo acompañaba en sus pequeñas excursiones a Stirling.

—Ha sido solo para echar un poco de dinero en sus bolsillos — continuó Augusta— que mi padre ha viajado siempre en su coche

para ver las bellezas del campo desde nuestra llegada a Escocia; pues ciertamente habría sido mucho más agradable para nosotros visitar las Tierras Altas en un coche de posta que simplemente viajar de Edimburgo a Stirling y de Stirling a Edimburgo cada dos días en una diligencia abarrotada e incómoda.

Coincidí perfectamente con ella en sus sentimientos sobre el asunto, y secretamente culpé a Sir Edward por sacrificar así el placer de su hija por el bien de una ridícula anciana cuya locura al casarse con un hombre tan joven debería ser castigada. Su comportamiento, sin embargo, estaba totalmente acorde con su carácter general; pues, ¿qué podía esperarse de un hombre que no poseía el menor átomo de sensibilidad, que apenas conocía el significado de la simpatía y que, de hecho, roncaba?

Adiós.

Laura.

# CARTA 15ª

## LAURA, CONTINUACIÓN

Cuando llegamos a la ciudad donde íbamos a desayunar, estaba decidida a hablar con Philander y Gustavus, y con ese propósito, tan pronto como dejé el carruaje, fui a la cesta trasera y pregunté tiernamente por su salud, expresando mis temores por la incomodidad de su situación. Al principio parecieron algo confundidos por mi aparición, temiendo sin duda que pudiera pedirles cuentas por el dinero que nuestro abuelo me había dejado y del cual me habían privado injustamente, pero al encontrar que no mencionaba nada del asunto, me desearon que subiera a la cesta para que pudiéramos conversar allí con mayor facilidad. En consecuencia, entré y, mientras el resto del grupo devoraba té verde y tostadas con mantequilla, nos dimos un festín de una manera más refinada y sentimental mediante una conversación confidencial. Les informé de todo lo que me había sucedido durante el curso de mi vida y, a mi petición, ellos me relataron cada incidente de la suya.

—Somos los hijos, como ya sabéis, de las dos hijas menores que Lord St. Clair tuvo con Laurina, una chica de la ópera italiana.

Nuestras madres no pudieron averiguar con exactitud quiénes eran nuestros padres, aunque se cree generalmente que Philander es hijo de un tal Philip Jones, un albañil, y que mi padre fue un tal Gregory Staves, un fabricante de corsés de Edimburgo. Esto es, sin embargo, de poca consecuencia, pues como nuestras madres ciertamente nunca estuvieron casadas con ninguno de ellos, no refleja deshonor en nuestra sangre, que es de un tipo de lo más antiguo e inmaculado. Bertha (la madre de Philander) y Agatha (mi propia madre) vivieron siempre juntas. Ninguna de las dos era muy rica; sus fortunas unidas habían ascendido originalmente a nueve mil libras, pero como siempre habían vivido del capital, cuando tuvimos quince años se había reducido a novecientas. Estas novecientas siempre las guardaban en un cajón de una de las mesas que estaba en nuestra sala de estar común, para la conveniencia de tenerlo siempre a mano. Si fue por esta circunstancia, de ser tomado fácilmente, o por un deseo de ser independientes, o por un exceso de sensibilidad (por el cual siempre fuimos notables) no puedo determinarlo ahora, pero lo cierto es que cuando alcanzamos nuestro decimoquinto año, tomamos las novecientas libras y huimos. Habiendo obtenido este premio, estábamos decididos a administrarlo con economía y no gastarlo ni con locura ni con extravagancia. Con este propósito, lo dividimos por tanto en nueve paquetes: uno de los cuales dedicamos a Comida, el 2º a Bebida, el 3º a Gastos domésticos, el 4º a Carruajes, el 5º a Caballos, el 6º a Sirvientes, el 7º a Diversiones, el 8º a Ropas y el 9º a Hebillas de Plata. Habiendo organizado así nuestros gastos para dos meses (pues esperábamos hacer que las novecientas libras duraran ese tiempo), nos apresuramos a Londres y tuvimos la buena suerte de gastarlo en siete semanas y un día, lo cual fue seis días antes de lo que habíamos pretendido. Tan pronto como nos hubimos desembarazado felizmente del peso de tanto dinero, comenzamos a pensar en regresar con nuestras madres, pero al oír accidentalmente que ambas habían muerto de hambre, abandonamos el designio y decidimos comprometernos con alguna compañía de teatro ambulante, ya que siempre tuvimos inclinación por el escenario. En consecuencia, ofrecimos nuestros servicios a una y fuimos

aceptados; nuestra compañía era de hecho bastante pequeña, pues consistía solo en el director, su esposa y nosotros mismos, pero había menos a quienes pagar y el único inconveniente que conllevaba era la escasez de obras que, por falta de gente para cubrir los personajes, podíamos representar. No nos importaban las nimiedades, sin embargo. Una de nuestras actuaciones más admiradas era *Macbeth*, en la cual éramos verdaderamente grandiosos. El director siempre interpretaba a Banquo él mismo, su esposa a mi Lady Macbeth. Yo hacía las Tres Brujas y Philander actuaba todo el resto. A decir verdad, esta tragedia no solo era la mejor, sino la única obra que representamos jamás; y después de haberla actuado por toda Inglaterra y Gales, vinimos a Escocia para exhibirla sobre el resto de Gran Bretaña. Sucedió que estábamos alojados en esa misma ciudad donde vinisteis y conocisteis a vuestro abuelo. Estábamos en el patio de la posada cuando entró su carruaje y, percibiendo por el escudo a quién pertenecía, y sabiendo que Lord St. Clair era nuestro abuelo, acordamos intentar conseguir algo de él descubriendo el parentesco. Sabéis lo bien que funcionó. Habiendo obtenido las doscientas libras, dejamos al instante la ciudad, dejando a nuestro director y a su esposa para actuar *Macbeth* por sí mismos, y tomamos el camino a Stirling, donde gastamos nuestra pequeña fortuna con gran éxito. Ahora regresamos a Edimburgo para conseguir algún ascenso en el ámbito de la actuación; y tal es, mi querida prima, nuestra historia.

Agradecí al amable joven su entretenida narración y, tras expresar mis deseos por su bienestar y felicidad, los dejé en su pequeña habitación y regresé con mis otros amigos, que me esperaban impacientemente.

Mis aventuras se están acercando ahora a su fin, mi queridísima Marianne; al menos por el presente.

Cuando llegamos a Edimburgo, Sir Edward me dijo que, como viuda de su hijo, deseaba que aceptara de sus manos cuatrocientas libras al año. Prometí graciosamente que lo haría, pero no pude

evitar observar que el antipático baronet lo ofrecía más por causa de ser yo la viuda de Edward que por ser la refinada y amable Laura.

Fijé mi residencia en un pueblo romántico en las Tierras Altas de Escocia, donde he continuado desde entonces, y donde puedo, ininterrumpida por visitas sin sentido, entregarme en una soledad melancólica a mis incesantes lamentaciones por la muerte de mi padre, mi madre, mi esposo y mi amiga.

Augusta lleva unida varios años a Graham, el hombre de entre todos más adecuado para ella; se familiarizó con él durante su estancia en Escocia.

Sir Edward, con la esperanza de ganar un heredero para su título y patrimonio, se casó al mismo tiempo con Lady Dorothea. Sus deseos han sido respondidos.

Philander y Gustavus, tras haber elevado su reputación con sus actuaciones en la línea teatral en Edimburgo, se trasladaron a Covent Garden, donde todavía se exhiben bajo los nombres asumidos de Lewis y Quick.

Philippa ha pagado hace tiempo la deuda de la naturaleza. Su marido, sin embargo, continúa conduciendo la diligencia de Edimburgo a Stirling.

Adiós, mi queridísima Marianne.

Laura.

**FIN**

13 de junio de 1790.



**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE**  
**DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**